

forma alegórica. De ahí se sigue que no hay motivo para admitir que la voluntad pueda objetivarse en un grado más alto en la escala de los seres, puesto que ya en éste ha llegado al punto regresivo de la evolución.

## CAPITULO XLVI (1)

### DE LA NADA Y LOS DOLORES DE LA VIDA

La voluntad, saliendo de la noche de la inconsciencia para despertar á la vida, se encuentra transportada á un mundo, sin límites ni fin, poblado de innumerables individuos, todos llenos de aspiraciones, sujetos á dolores y errores, y después de haber pasado como por un ensueño penoso, corre á sumergirse de nuevo en su antigua inconsciencia. Pero hasta entonces sus deseos son ilimitados, sus pretensiones inagotables; todo anhelo satisfecho engendra una nueva aspiración. No hay satisfacción en el mundo que baste á hartar su codicia, á poner término á sus exigencias, á colmar el abismo sin fondo del corazón. Junto á esto vemos cuál es para el hombre la parte ordinaria de satisfacción que le cabe en suerte en todas las cosas. Vemos que se limita comúnmente á la trabajosa conservación de la existencia, ganada día por día á fuerza de trabajo y de cuidados incesantes; á costa de una lucha incesante con la necesidad y con la muerte, siempre en perspectiva.

Todo anuncia en la vida que la felicidad terrena

(1) Este capítulo sirve de complemento á los §§ 56 á 59 del primer volumen. Véanse también los capítulos 11 y 12 del segundo volumen de *Parerga y Paralipomena*.

está condenada al aniquilamiento ó al desengaño, que descubre ser ilusoria. Esta condición de las cosas está basada en lo más profundo de su esencia. Por consiguiente la vida, para la mayoría de los hombres, es triste y breve. Los que relativamente son dichosos, sólo lo son en apariencia. O bien, como los centenarios, representan una rara excepción, cuya posibilidad tenía que existir, sirviendo de cebo. La vida nos engaña continuamente, así en los pormenores como en el conjunto. No cumple lo que promete, salvo en el caso en que quiere mostrar cuán poco deseable en lo que deseamos. No da, más que para quitar lo que da. El espejismo de lo lejano nos hace entrever paraísos, que se desvanecen como ilusiones de óptica cuando, dejándonos seducir por ellos, corremos en su persecución. La dicha se nos aparece siempre colocada en lo porvenir ó en lo pasado, y lo presente es como una nubecilla sombría que el viento empuja por encima de la llanura iluminada por el sol; delante y detrás todo resplandece de luz; sólo el presente permanece envuelto en la sombra. Por tanto, el presente es una decepción; pero lo por venir es incierto y lo pasado irreparable. La vida, con sus tribulaciones grandes y pequeñas de todas las horas, de todos los días, de todas las semanas, de todos los años; con sus esperanzas frustradas y sus accidentes, que desbaratan todo cálculo, lleva tan manifestamente el sello de algo dispuesto para que nos apartemos de ella, que cuesta trabajo comprender cómo podemos engañarnos creyendo que existe para que la disfrutemos con gratitud y que el hombre ha sido creado para ser dichoso. Por el contrario, esas ilusiones y esas desilusiones perpetuas, así como el carácter de la vida, parece que están calculados con intención para convencernos de que

nada hay en el mundo digno de nuestros anhelos, de nuestra actividad, de nuestras luchas; de que son vanidad todos los bienes, de que el mundo es, bajo todos conceptos, insolvente y de que la vida es un negocio que no cubre gastos, todo con el designio de mover á la voluntad á apartarse de ella.

El tiempo es, ante todo, quien revela á la inteligencia del individuo, la vanidad y la nada de todos los objetos de la voluntad. Bajo la forma temporal la vanidad de las cosas se nos muestra en lo fugaces que son. Por virtud del tiempo todos nuestros goces y todas nuestras alegrías se nos evaporan entre las manos, haciendo que nos preguntemos con sorpresa á dónde han ido á parar. Esta nada, esta inanidad misma es lo que forma cuanto hay de objetivo y de real en el tiempo, es decir, lo que le corresponde en la esencia íntima de las cosas; por consiguiente, esto es lo que realmente expresa el tiempo. Así es la condición necesaria *a priori* de todas nuestras intuiciones, pues todas las cosas, sin excepción de nosotros mismos, tienen que manifestarse bajo esta forma. A esto se debe el que la vida se asemeje á un pago hecho en calderilla que hay que contar pieza á pieza y del cual es forzoso dar recibo; la moneda son nuestros días, el recibo la muerte. El tiempo es quien al final publica la sentencia de la naturaleza contra todos los seres, destruyéndolos.

Es justo, pues todo lo que nace merece perecer,  
Por eso valdría más que nada hubiera nacido.

La vejez y la muerte, términos necesarios de la vida, son, pues, la sentencia condenatoria dictada por la misma naturaleza, sentencia en la cual advierte que la voluntad de vivir es una aspiración que debe

destruirse con sus propias manos. «Mira cómo acaba, dice, lo que has querido hasta ahora; hay que querer algo mejor.» La enseñanza que se desprende de la vida para cada individuo, es que los objetos de su querer son engañosos, inciertos y caducos y que causan más dolores que deleites hasta el instante en que la vida se derrumba en el mismo terreno en que se alzaban esos deseos. Entonces viene la muerte, como último argumento, á acabar de convencer al hombre de que todas sus aspiraciones y toda su volición no son más que error y locura.

La vejez y la experiencia, de consuno,  
Le conducen á la muerte y le hacen comprender  
Que después de tan largos y penosos trabajos  
Toda su vida ha estado en el error.

Debemos estudiar todavía el lado más especial de la cuestión, pues aquí es donde he tropezado con mayor contradicción. Primeramente confirmaré lo que expuse en el texto acerca de la indole negativa de toda satisfacción de la voluntad, de todo deleite y de toda dicha, en contraposición á la naturaleza positiva del dolor.

Sentimos el dolor, la inquietud, el miedo; pero no sentimos la ausencia del dolor, la tranquilidad. Sentimos el deseo de la misma manera que sentimos el hambre ó la sed; en cuanto se realiza, ocurre con él lo que con el bocado ó el sorbo, que apenas tragados dejan de existir para la sensación. Nos afecta dolorosamente la pérdida de un bien ó de un placer, mas la desaparición de un dolor, aunque vengamos padeciéndole mucho tiempo, no es directamente sentida; á lo sumo pensamos en ella deliberadamente con el auxilio de la reflexión.

Sólo el dolor y la necesidad pueden ser experimen-

tados positivamente y se hacen sentir por sí mismos. El bienestar es un estado puramente negativo. A esto se debe el que los tres grandes bienes de la vida, la salud, la juventud y la libertad, no los apreciamos en todo su valor mientras los poseemos, sino después de haberlos perdido; pues también esos bienes son negaciones. No advertimos que algunos momentos de nuestra vida fueron dichosos hasta que los suceden días de tristeza. A medida que los goces aumentan, nuestra aptitud para disfrutarlos disminuye; lo que se hace habitual deja de ser goce. Pero con esto mismo crece nuestra sensibilidad para el dolor, pues la supresión de un hábito produce impresión penosa. Por eso la posesión aumenta las necesidades, y como consecuencia, la facultad de padecer.

Las horas vuelan más deprisa cuando agradablemente las empleamos, con más lentitud cuando son tristes, porque no es el placer, sino el dolor, el elemento positivo cuya existencia se deja sentir. Asimismo perdemos la noción del tiempo transcurrido cuando nos aburrimos y no mientras estamos divertidos. Ambos hechos prueban que nuestra existencia es más dichosa cuando menos la sentimos, de donde se infiere que sería mejor para nosotros no poseerla. Una viva y extremada alegría sólo se concibe como resultado de una gran necesidad que la precedió, pues nada puede venir á sumarse á un estado duradero de contento, como no sea algún pasatiempo ó alguna satisfacción de la vanidad. Por eso los poetas se ven obligados siempre á colocar á sus héroes en situaciones peligrosas ó desgraciadas para poder librarles de ellas. El drama y la epopeya no pintan más que seres que luchan, que padecen, que se atormentan, y cada novela es una linterna mágica donde podemos contemplar

los espasmos y las convulsiones de un corazón humano que se desespera. Walter Scott expresó ingenuamente esta necesidad estética en la conclusión de su novela titulada *Old mortality*. El mismo Voltaire, que fué uno de los favoritos de la naturaleza y de la felicidad, reconoce expresamente la verdad de lo que he expuesto. «La dicha no es más que un sueño, dice, y el dolor es real»; y añade luego: «Hace ochenta años que lo experimento. No se me ocurre otra cosa que resignarme pensando que las moscas han sido creadas para que las devoren las arañas y los hombres para ser devorados por las penas.»

Antes de afirmar con tanta seguridad como suele afirmarse que la vida es un bien deseable y digno de gratitud, convendría comparar friamente la suma de goces con la suma de dolores posibles en la existencia del hombre. Creo que el balance se haría enseguida. Pero, en realidad, es completamente superfluo disputar sobre si la suma de los bienes ó la de los males predomina en el mundo, puesto que la existencia del mal basta por sí sola para resolver la cuestión. Un mal no puede ser borrado ni compensado por un bien que le acompañe ó le siga.

Mille piacer' non vagliano un tormento.

PETRARCA.

Aunque millares de individuos hubiesen vivido dichosos y tranquilos no se anularían con esto los tormentos y las angustias mortales de una sola criatura humana, y de igual modo el bienestar que puedo disfrutar en el instante presente no puede destruir el hecho de que yo haya padecido en otro instante. Aunque la suma del mal fuese cien veces menor de lo que es en realidad, el mero hecho de su existencia bastaría

para demostrar una verdad que puede expresarse de muchas maneras diferentes, pero siempre un tanto indirectas; á saber: que no tenemos motivo para alegrarnos, sino más bien para dolernos de que el mundo exista; que su no-existencia sería preferible á su existencia; que el mundo, en realidad, no debería existir, etcétera. Byron expresa admirablemente este pensamiento en la forma siguiente:

«Nuestra vida es falsa por naturaleza; no está en armonía con las cosas esa dura ley, ese inextirpable contagio del pecado, ese manzanillo funesto, ese árbol que lo infesta todo, cuya raíz es la tierra, cuyas hojas y ramas son los aires, y del cual llueven sobre los hombres como rocío todas las plagas, enfermedades, muerte, y esclavitud; todos los males que sentimos, y lo que aún es peor, los que no percibimos, que hacen estremecerse al alma incurable bajo dolores siempre nuevos.»

Si el mundo y la vida tuvieran en sí mismos su propio fin, no necesitando, por consiguiente, ni de justificación en la teoría ni de compensación en la práctica; si admitiésemos con Spinoza y los espinozistas modernos que ellos son la manifestación única de un Dios, que por capricho ó por mirarse en su obra realiza en sí mismo esta evolución, lo cual les dispensa de justificar su existencia por motivos ó redimirla por sus resultados, sería preciso, no que los males y los dolores de la vida estuviesen compensados con sus placeres y sus dichas—y ya hemos visto que esto es imposible, porque el dolor actual no puede ser anulado por dicha alguna futura, ya que el dolor ocupa su tiempo como la dicha ocupa el suyo—; se necesitaría que no existiese el dolor y que desapareciese también la muerte ó no tuviera nada de horrible para nosotros. Sólo de este modo la vida sería la recompensa de sí misma.

Pero siendo tal nuestra existencia, que valdría más que no existiera, todo lleva á nuestro alrededor ese mismo sello, como en el infierno todo huele á azufre. Todo es imperfecto y mentido, todo placer tiene mezcla de dolor, todo goce es goce á medias, toda alegría lleva en sí algo que la altera, todo descanso trae nuevas fatigas; los remedios para nuestras miserias cotidianas y de todas las horas, fallan á lo mejor ó no están á nuestro alcance; se hunde bajo nuestros pies el terreno que pisamos; los males grandes y pequeños son el elemento mismo de nuestra vida; en resumen, nos asemejamos á Fineo á quien las Arpias ensuciaban los manjares para que no pudiera comerlos (1).

Por dos medios se trata de hacer tolerable este estado de cosas: uno es la *εὐλαβεία*, es decir, la prudencia, la precaución, la sagacidad, pero esta prudencia es insuficiente é infructuosa, pues no lo sabe todo. El otro es la impassibilidad estoica, mediante la cual se quieren parar los golpes de la fortuna, mostrándose el hombre preparado á padecer todos los males y á despreciarlos todos; en la práctica conduce este camino al cinismo, que renuncia de una vez á todos los recursos y á todas las facilidades y hace del hombre un perro, un Diógenes en su tonel.

La verdad es que debemos ser miserables y lo somos. La fuente principal de los mayores males que afligen al hombre es el hombre mismo: *homo homini lupus*. Cuando nos damos exacta cuenta de esta verdad, el mundo nos parece un infierno superior al de Dante, en que cada hombre está condenado á ser el demonio de su prójimo; aunque es forzoso confesar que

(1) Cuanto cogemos con la mano resiste, pues cada cosa tiene su voluntad propia que nos es preciso vencer.

algunos tienen capacidades especiales para ello, de suerte que tal hombre será, ante todo, demonio ó archidemonio, en figura de conquistador que pone unos enfrente de otros á centenares de miles de hombres, y les dice: «Padecer y morir es vuestro destino; y ahora haced fuego con vuestros fusiles y vuestros cañones», mandato que tiene que obedecer la muchedumbre.

Generalmente la injusticia, la iniquidad extrema, la dureza de corazón y la crueldad, caracterizan el proceder de los hombres entre sí; lo contrario es la excepción. En esto se funda la necesidad del Estado y de las leyes y no sobre las tonterías que sobre el particular suelen decirse. Y por lo mismo, en todo aquello que no cae bajo la acción de las leyes, vemos manifestarse la brutalidad propia del hombre para con sus semejantes, nacida de un ilimitado egoísmo y también, á veces, de pura maldad. El que quiera saber cómo trata el hombre á sus semejantes, no tiene más que fijarse en la esclavitud de los negros, mantenida con el fin de proporcionarnos azúcar y café. Y no hay necesidad de poner la mirada tan lejos: entrar desde los cinco años en los telares de una fábrica y pasar todos los días sentado en un taburete diez horas, después doce y después catorce, ejecutando siempre el mismo trabajo mecánico, resulta comprar á un precio demasiado caro el placer de respirar. Así viven millones de seres humanos, y no es mejor la suerte de otros tantos millones, cuyo destino es semejante.

En cambio, á los privilegiados, mil circunstancias insignificantes pueden hacernos completamente desgraciados, pero nada en el mundo puede hacernos enteramente felices. Por más que se diga, el momento más feliz en la vida de un hombre dichoso es aquel en que se duerme, como el instante del despertar es el

más desgraciado en la existencia del hombre infeliz. La prueba indirecta más concluyente de que todos los hombres se sienten desgraciados es esa inmensa envidia de que todos están poseídos, que les atormenta en todas las circunstancias de la vida y que destila su veneno al ver que otro hombre adquiere la menor ventaja. Como los hombres se sienten infelices, el espectáculo de alguno que parece dichoso les es insorpotable. Cuando logran un momento de satisfacción querrian difundir la dicha en torno suyo y decir á cuántos les rodean:

«Que todo el mundo participe de mi alegría».

Si la vida fuese por sí misma un bien precioso y preferible á la nada, no sería preciso que la salida estuviese vigilada por guardianes tan temibles como la muerte y sus terrores. Pero, ¿quién tendría bastante paciencia para continuar viviendo una vida tal si la muerte fuese menos espantosa? Y por otra parte, si la vida fuera la felicidad, ¿quién podría soportar el pensamiento de la muerte? En el actual estado de las cosas, la muerte tiene eso de bueno: que es el fin de la vida, por donde la muerte nos consuela de los males de aquélla y á la vez los dolores de la vida nos consuelan de la muerte. Ambas están ligadas indisolublemente y nos crean una condición lamentable, de la cual es tan difícil como apetecible poder emanciparnos.

Si el mundo no fuera algo que, expresándonos *empíricamente*, no debería existir, no sería tampoco un problema teórico, pues ó bien su existencia no exigiría explicación alguna, puesto que se comprendería de por sí, hasta el punto que á nadie se le ocurriría asombrarse de ella ni investigar su razón de ser, ó bien sería tan evidente su fin que nadie podría ignorarle. Mas lejos de ser así, el mundo es un problema

que no puede resolverse, pues toda filosofía, hasta la más perfecta, contendrá siempre un elemento inexplicado, una incógnita semejante á un precipitado insoluble ó al residuo que deja la relación irracional entre dos cantidades. Por eso cuando nos preguntamos por qué existe el mundo en vez de no existir, no se halla dentro del mundo mismo el argumento justificativo, la causa final, el motivo de su existencia; ni puede el mundo demostrarnos que existe por su propia felicidad.

Mi teoría explica esto, mostrando que el principio de la existencia del mundo carece de razón, es decir, que es una voluntad de vivir ciega, que, como cosa en sí, no se encuentra sometida al principio de razón, el cual es exclusivamente la forma del fenómeno y lo único que nos autoriza para plantear la cuestión del *por qué*.

Esto concuerda perfectamente con la constitución del mundo, pues sólo una voluntad ciega ha podido colocarse en las condiciones á que nos vemos reducidos. Una voluntad clarividente hubiese advertido al punto que el negocio no cubría los gastos, puesto que tantas luchas y tantos esfuerzos, tantas fuerzas empleadas, tantos cuidados, angustias y dolores, y sobre todo esto el aniquilamiento infalible de cada ser viviente no están recompensados por una existencia, que conquistamos de esa manera, que es efímera y que se reduce constantemente á la nada entre nuestras mismas manos. Así es que toda doctrina que explica el mundo por el *vouç* de Anaxágoras, es decir, por una voluntad acompañada de inteligencia, tiene que recurrir forzosamente al optimismo para justificar la existencia, afirmándole en contra del testimonio elocuente del mundo entero, lleno de dolor. Seme-